



bam
bú

RAIDHO
Un viaje con
los vikingos

Núria Pradas

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

© 2011, Núria Pradas
© 2011, de esta traducción, Paco Saula
© 2011, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Traducción: Paco Saula

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: iStockphoto

Fotografías del desplegable: Aci,
Aisa, Album, Corbis-Cordon Press
Ilustraciones: Montserrat Batet

Primera edición: septiembre de 2011
ISBN: 978-84-8343-138-2
Depósito legal: M-26800-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzós, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Introducción

Me llamo Víctor. Tengo doce años, el cabello rubio y ensortijado y llevo gafas. Soy tan buen chico que nunca en mi vida había hecho novillos; hasta aquella tarde en que decidí «saltarme» el entrenamiento y me fui a pasear por el parque. Y como me aburría, empecé a dibujar con un palo en el suelo. ¡Y entonces lo vi! Brillaba. Sí, brillaba con un brillo metálico y esmeralda. Era un escarabajo. Alargué la mano y, entonces, al tocarlo, un ardor insoportable invadió mi cuerpo y perdí el sentido.

Al despertarme, ya no estaba en el parque. Ni en Barcelona. Los ojos negros de un chaval de mi edad me miraban interrogantes. Se llamaba Tutmosis y me encontraba en el antiguo Egipto, aunque a Tut no le gustaba que yo añadiera siempre eso de «antiguo» delante de Egipto.

Esta fue mi primera aventura. Una aventura fascinante al lado de Tut y de Sitah, presidida por la magia (Heka) del escarabajo.

Pero resultó que Egipto solo fue la primera parada de mi viaje por el tiempo. Porque cuando Tutmosis fue coronado faraón me devolvió el escarabajo verde. Entonces, yo podía elegir entre volver a casa o seguir viajando por el tiempo.

Pero yo he sido siempre un chico muy curioso. Y volví a tender la mano hacia mi amuleto.

¿Adónde me llevaba esta vez?

El ataque



El mundo entero desapareció.

Poco a poco, Víctor empezó a abrir los ojos. Como ya le ocurriera en su primer viaje*, sentía una gran pesadez dentro de su cabeza, como si tuviera una piedra en vez de cerebro.

Uno tras otro, fue recuperando los sentidos. Primero la vista. Se miró. Veía un poco borroso, pero aun así pudo comprobar que todavía tenía el aspecto de un egipcio de la cabeza a los pies, con su elegante túnica de lino y sus sandalias de cuero.

La memoria le trajo las últimas imágenes vividas en la corte del faraón Tutmosis III. La emoción de la ceremonia de coronación; los ojos negros de Sitah, tan negros como sus cabellos perfumados, y cómo él —¡menuda cabeza hueca!—, por presumir delante de la muchacha, había hecho añicos sus gafas.

* *Heka. Un viaje mágico a Egipto*, de Editorial Bambú.

No fue hasta al cabo de un buen rato cuando el oído empezó a funcionarle con cierta normalidad. Y lo que oyó, aunque le costaba identificarlo, no le gustó en absoluto. Aquel estruendo, que a cada segundo que pasaba llegaba a sus oídos con mayor nitidez, se le antojó una especie de jauría que aullaba desafinando y que nada tenía que ver con las dulces liras egipcias, ni con los gritos de júbilo que vitoreaban al nuevo faraón.

Era un rugido, de eso quedó Víctor absolutamente convencido a pesar de encontrarse todavía aturdido en el suelo, y no era alegre en absoluto. Si hubiera tenido que calificarlo de algún modo probablemente habría dicho que era un ruido salvaje. O quizá feroz. ¿O le encajaba mejor atroz?

Se incorporó y notó el tacto del escarabajo verde que comprimía en su mano como si fuera un estuche del que no podía escapar. Suavizó la presión que ejercía sobre aquel objeto precioso para poder contemplarlo. Tras unos minutos, durante los cuales los recuerdos que aquel pequeño tesoro traía a su memoria llenaron su mente de imágenes y su corazón de añoranza por lo que acababa de dejar atrás, cerró la mano de nuevo y se la llevó al corazón, diciéndose a sí mismo que si el talismán lo había protegido en el antiguo Egipto, quizá también lo haría ahora en...

Sus divagaciones se detuvieron en seco. Aún no había pensado en ello y, sin embargo, aquella era la pregunta primordial: ¿dónde estaba?

No necesitaba las gafas para ver que se encontraba en medio de un gran bosque. Un bosque espeso, verde y húmedo. Las copas de los árboles apenas dejaban traspa-

sar unos tímidos rayos de sol, del todo insuficientes para quitarle de encima la sensación de frío y la piel de gallina. Desde luego no estaba en Egipto, donde el sol quemaba la piel y, a poco que te descuidases, también te acharraba las neuronas.

Por lo menos ya tenía claro algo. Ahora, pues, era necesario ir a buscar la respuesta a aquella pregunta básica, esencial y no menos inquietante.

Avanzó unos pasos y tropezó con la raíz de un árbol descomunal. Dedujo que a partir de aquel momento tendría que acostumbrarse a los tropiezos. Eso, o bien andar todo el tiempo con la vista puesta en el suelo.

¡Ah, cómo echaba de menos sus gafas, tan feas, pero tan prácticas después de todo, a la hora de ver el terreno que uno va pisando!

Víctor siguió avanzando. Aquel hubiera sido un paraíso idílico, un lugar de fábula, si no fuera por el frío intenso que le calaba hasta los huesos, y por aquel zumbido atronador que a cada paso que daba se aproximaba y crecía, oprimiéndolo con una tétrica sensación. Ahora ya no solo temblaba de frío. Estaba claro, por decirlo de un modo suave y no ser muy duros con él, que no las tenía todas consigo.

Continuó caminando, al amparo de los frondosos árboles, mientras pisaba las hojas secas que, a modo de alfombra, tapizaban el suelo anunciando que el bosque se vestía ya de otoño.

Pero él, alma en pena, ni se enteraba de la alfombra de hojas ni del ruido que provocaba al pisarlas. De hecho, cuando el corazón se te pone a mil, te castañetean los

dientes y andas más despistado que un pulpo en un garage, no te enteras demasiado de las cosas, aunque las tengas delante de tus propias narices.

Así, avanzando por el bosque como un excursionista en fase de aprendizaje y de rendimiento poco satisfactorio, Víctor llegó, sorprendentemente entero, a una especie de claro en el que los árboles cedían el terreno a una abundante vegetación.

Parapetado tras unos matorrales, como haría un héroe de película ante un peligro inminente, Víctor se convirtió en espectador de una escena que lo dejó patitieso. Más tieso que antes, para ser exactos, porque tieso ya lo estaba por el frío y el canguelo.

Frente a su nariz enrojecida por la inclemencia del clima, contempló lo que parecía la plaza de un pequeño pueblo. Una plaza que era el escenario de una espantosa y cruenta batalla. Víctor entornó un poco los ojos y se puso una mano a modo de visera, tratando de suplir la gafas perdidas y destrozadas, mientras el corazón palpitaba en su interior con tal violencia que el muchacho creyó que se le iba a salir por la boca.

La lucha era encarnizada y desigual; unos hombres sencillos, que no tenían aspecto de guerreros, combatían con todas sus fuerzas contra otros hombres armados hasta los dientes y de aspecto feroz. Estos, la mayoría, eran muy altos, de largos cabellos y barbas trenzadas. Se protegían con cascos y escudos, y llevaban hachas y espadas con las que iban cercenando sin compasión la débil resistencia de los hombres del pueblo.

Con los ojos desorbitados, lleno de horror, Víctor contemplaba aquella lucha cuerpo a cuerpo. En un momento, pareció que los pocos defensores del pueblo se desvanecían aplastados por la fuerza incontestable de sus atacantes. Se oyó un grito feroz, los hombres altos alzaron sus escudos en señal de victoria y, súbitamente, cambió absolutamente la escena.

Los asaltantes empezaron a entrar y salir de las pequeñas casas con las manos rebosantes de los más variados objetos. Otros arrastraban a mujeres y niños por los cabellos. Mientras, un nutrido grupo de atacantes se dirigió hacia la iglesia, cuyas puertas cedieron a los golpes de hacha del invasor abriéndose de par en par.

El saqueo se extendió por todo el pueblo ante la mirada aterrorizada de los supervivientes. Aquellos hombres temibles iban escudriñando cada rincón de cada casa y amontonando en el centro de la plaza todo lo que les parecía de valor: objetos sagrados, joyas, ropa, armas...

De pronto, una voz potente, como un trueno que anunciaba tormenta, se impuso sobre el salvaje griterío.

Víctor desvió su mirada, desorbitada por el miedo y el estupor, y la dirigió hacia el hombre que vociferaba como si estuviera escupiendo flechas, que parecía ser el jefe de los invasores, no solo por su aspecto, sino por el silencio que se hizo en cuanto abrió la boca.

El hombretón llevaba la cabeza protegida con un casco que parecía de acero. A Víctor le recordó un casco de motorista, sobre todo porque los ojos y la nariz también quedaban cubiertos por unas piezas protectoras, semejantes a grandes gafas, que impedían ver el rostro de aquel perso-

naje. Un rostro que, por lo demás, ocultaba la parte visible bajo una espesa masa rubia de cabellos en la que se unían melena, bigote y barba.

Una especie de armadura le cubría el resto del cuerpo hasta las rodillas. Si el muchacho hubiese tenido la vista en mejores condiciones, habría comprobado que se trataba de una cota de malla formada por diminutos eslabones. Del cinturón de cuero colgaba una enorme hacha y la armadura quedaba cubierta por una capa roja asida al cuello con un cierre. Era el único que llevaba capa.

Este último detalle reafirmó la impresión de Víctor de que aquel tipo era, efectivamente, el jefe de los invasores. ¡Y menudo jefe!, pensó el chico, atenazado por un miedo que lo oprimía como una mano negra.

A todo esto, el hombre seguía hablando, llenando de palabras incomprensibles el silencio que se había apoderado de la plaza, y señalaba al cielo con la impresionante espada que sujetaba con su mano derecha. En la izquierda, tenía un escudo pintado de colores.

Los cabellos rubios del temible personaje ondeaban al viento. Aunque Víctor no podía verle los ojos, imaginaba cómo le debían de brillar, incandescentes por mil destellos de ira.

Allí, de pie en medio de la plaza, derramando su vozarrón sobre el silencio de la derrota, era la viva imagen de un león. Un león satisfecho con la cacería y, aun así, todavía amenazador.

Cuando terminó de hablar, sus hombres se pusieron en movimiento. Prendieron fuego a unas antorchas y, ante el

horror de la gente del pueblo, en un abrir y cerrar de ojos, lo que hasta hacía poco era un lugar tranquilo quedó reducido a cenizas. El humo, las llamas y los gritos se mezclaban en una suerte de coreografía infernal.

Víctor, agazapado tras el improvisado escondite que la naturaleza le había brindado, contemplaba la escena macabra olvidándose de respirar y con el miedo y el horror brotando por cada poro de su piel.

Tan asustado estaba que ya ni siquiera sentía el frío. El viento arrastraba la humareda al interior del bosque. El olor a chamusquina y las terribles escenas que acababa de presenciar le arrancaron lágrimas de los ojos. Con gesto inconsciente, se puso la mano sobre el pecho y notó el pesado latir de aquel pobre y atemorizado corazón.

«¿Dónde he ido a parar?», se preguntó, temblando de angustia.

Se dejó caer al suelo, abatido, y cerró los ojos. Y, aun con los ojos cerrados, podía ver de forma nítida la imagen de aquel hombre terrible de cabellos rubios y casco, con una espada en una mano y un escudo en la otra, gritando y sembrando la destrucción.

Y aquella imagen, curiosamente, le resultaba familiar. Había visto hombres así con anterioridad. ¿Dónde? En los libros, tal vez. ¿Pero quiénes eran? ¿Cómo se llamaban? Una bombilla de bajo consumo pero lo bastante potente como para iluminar las ideas del cerebro más apagado se encendió en la cabeza de Víctor.

—¡Vikingos! ¡Son vikingos! —gritó de pronto, contento por su buena memoria y por ser tan listo, al tiempo que se

incorporaba y daba saltos de alegría. Como si estuviera en el patio del colegio, vaya.

Y en ese mismo instante, la fría hoja de una espada le besó el cuello.

La sangre pareció detener su circulación por el cuerpo atemorizado de Víctor que, quieto como una esfinge y sin atreverse siquiera a respirar, sintiendo con toda intensidad aquel pinchazo de hielo sobre su piel, levantó las manos en señal de rendición absoluta.

El pobre Víctor estaba al borde de un colapso. Aquel pinchazo frío y hostil le erizaba los pelos de la nuca y le ponía la carne de gallina. El leve rumor de unos pasos le indicó que quien fuera que lo amenazaba de forma tan contundente, y que lo había sorprendido por la retaguardia, ahora caminaba a su alrededor buscándole el rostro.

Durante unos segundos, Víctor se debatió entre el desmayo, que era lo que le pedía el cuerpo, o permanecer de pie y ver el rostro de su atacante, que era lo que le pedía su mente. Sin saber muy bien cómo, aguantó en aquella incómoda posición hasta que su enemigo se situó frente a él.

Ataviado de pies a cabeza como un auténtico vikingo, mirándolo fijamente como si quisiera atravesarlo con los ojos además de con la espada, un muchacho algo más bajo que Víctor, con la cara tiznada de hollín y una mirada feroz, sostenía con ambas manos una espada, al parecer con gran esfuerzo. Víctor soltó un suspiro de alivio al comprobar que su captor no llegaba a la talla estándar de aquellos terribles vikingos que acababa de ver en acción.

Pero una nueva y mayor presión del frío metal sobre su cuello le hizo darse cuenta de que estaba infravalorando a su oponente.

El joven vikingo empezó a hablar en un tono agudo, soltando una retahíla de palabras extrañas.

Víctor no entendió nada. Estaba en la más absoluta inopia. El corazón le pedía a gritos la dimisión, mientras él esperaba que el escarabajo verde, que mantenía bien calentito en el interior de su puño, cambiara el chip, o hiciera lo que tuviese que hacer para acomodarse al nuevo idioma.

Pero nada, el chico seguía parlotando en una lengua extranjera, y él no entendía una palabra. No, el escarabajo verde no le servía como traductor del vikingo, o de lo que fuera que hablaba aquel chaval con cara de pocos amigos.

¿Qué iba a hacer ahora?

A veces, cuando las palabras no bastan para llevar a cabo el acto de comunicación humana, los gestos pueden ser de gran ayuda. Por lo menos, así fue en esta ocasión. El muchacho bajó la espada y empujó a Víctor mientras decía algo que a él le sonó como «¡Arre, arre!».

Lo había pillado. No quería hacerle ningún daño, solo quería que caminase hacia el pueblo. Víctor volvió a respirar tranquilo. Aunque la tranquilidad le duró apenas diez segundos; enseguida le vino a la cabeza una idea inquietante: ¿por qué aquel mini vikingo quería llevarlo al pueblo?

Pronto lo descubriría.